

ID Y EVANGELIZAD

Nº118 marzo y abril de 2020

www.solidaridad.net

La aniquilación de la naturaleza humana nuevo objetivo del Imperialismo



“Estamos viviendo un momento de aniquilación del hombre como imagen de Dios. Es la época del pecado contra Dios creador.”

Benedicto XVI

colaboración económica 1 €

Suscríbete a la revista **Id y Evangelizad**

La creación de un nuevo sujeto, fase superior del materialismo

Algunos de ustedes recordarán el libro de Lenin *Imperialismo, fase superior del capitalismo*. En parte tenía razón: la dinámica del capitalismo, por su propia naturaleza, ha conducido a una concentración de la riqueza y del poder como nunca se había conocido en la historia. Pero Lenin y sus secuaces se equivocaron en lo principal: el imperialismo no es la fase superior del capitalismo.

La etapa final, definitiva, del capitalismo –expresión máxima del materialismo– se alcanzará cuando se cree un nuevo sujeto humano o post-humano que no sólo no tenga nada que ver con la persona parida de las entrañas judeocristianas, sino que –además– posea una estructura radicalmente opuesta a la moldeada por las manos del Dios Trinidad y que ha sido la que la Iglesia católica ha cultivado en su regazo maternal. Benedicto XVI afirma tajante en *Caritas in veritate* (2009): «hoy la cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica» (n 75). Es un giro histórico mucho más definitorio, aunque concomitante, que todos los adelantos tecnológicos juntos.

Las piezas del nuevo Frankenstein provienen del final de la Edad Media cuando el teocentrismo va siendo sustituido por el subjetivismo y el individualismo. La cultura protestante e ilustrada engrasa y pone al día el mecanismo y –finalmente– la ingeniería social contemporánea da vida al engendro; para ello utiliza movimientos sociales con los que la masa empatiza gracias a la acción combinada de saturación mediática (especialmente en redes sociales), victimización de un determinado colectivo y elevación a verdad absoluta e incuestionable (pero nunca explicada) de sus nuevas propuestas.

Estos movimientos sociales se han centrado, en las últimas décadas, en nuestra dimensión más constitutiva y sensible, después de la religiosa, como es la afectivo-sexual-familiar. Para ello se comenzó negando el vínculo entre sexualidad y reproducción (rechazo a la *Humanae vitae* de S. Pablo VI en 1968); se continuó con la trivialización del compromiso matrimonial (legalización masiva del divorcio indiscriminado); siguió no sólo la despenalización del asesinato o aborto de los hijos, sino hasta la pretensión de su elevación a derecho humano, y ahora vivimos los coletazos de este monstruo en las ideologías ecológicas, feministas y de género. El resultado es evidente: la persona resultante se cree la falacia de que es autónoma porque ya no tiene vínculos estructurales con nadie, ni con el otro sexo ni con sus hijos, ni siquiera con su propia conciencia. Cree que –¡por fin!– ha matado a Dios y con Él todas las referencias axiológicas y comunitarias. Se cree libre para sí, pero es más esclava que nunca: está totalmente inerte ante el mercado capitalista y sus estructuras de pecado.

Una de las conclusiones de este proceso es que los grupos y movimientos de objetivo único o identitario (nacionalistas; ambientalistas; feministas; pacifistas; género...) son piezas fundamentales para el triunfo del nuevo capitalismo imperialista en la medida en que configuran una antropología acorde a sus objetivos.

Evangelizar este nuevo mundo, esta nueva antropología, es apasionante. Es verdad que el nuevo sujeto salido del laboratorio social anteriormente descrito ya no entiende las categorías tradicionales de la Iglesia; pero, sin embargo, esta es una oportunidad de oro en la medida en que no se puede seguir poniendo el acento en evangelizar a través de la convicción, de los conceptos (que son imprescindibles, pero como momento segundo); sino a través de la conversión, que es el asombro que produce la Misericordia. Es el camino que el Espíritu le pide a la Iglesia a través de Francisco. La misericordia nos llama a comunidades que, entrañadas en la Eucaristía y el Mandamiento Nuevo, desentrañen tanto amor en realidades políticas, culturales, económicas y sociales. Y esto tiene mucho futuro. Y presente también. Porque es nuestra Tradición. ●

Análisis



Una búsqueda permanente de ser lo que somos

Luis J. Argüello

Mons. Luis Javier Argüello García es obispo auxiliar de Valladolid y secretario general de la Conferencia Episcopal Española. En sus escritos, algunos de los cuales se encuentran en Ediciones Voz de los sin voz, cultiva la doble fidelidad a lo mejor de nuestra Tradición eclesial y la lectura creyente de los signos de los tiempos con el fin de encarnar el Evangelio en esta particular travesía de la historia. El presente artículo es un ejemplo del diálogo entre fe y mundo contemporáneo a partir de uno de los mayores retos evangelizadores que enfrentamos: la nueva antropología que se ha constituido al margen –o en contra– del judeocristianismo.

I. ¿De dónde partimos?: una antropología trinitaria

La experiencia humana elemental de mirarnos y mirar alrededor confirma que somos cuerpo con un aliento espiritual que nos permite reflexionar sobre los datos reales; cuerpos sexuados diferentes, hombres y mujeres, capaces de deseo amoroso y de fecunda reciprocidad; personas que conviven y forman parte de un pueblo.

Esta experiencia tan común encuentra en la antropología trinitaria una iluminación adecuada para comprender lo humano. Esta antropología tiene en el concepto de persona su punto central. Y en su inevitable desarrollo relacional, en alianzas e instituciones, su despliegue que descifra el significado del vínculo esponsal, la fecundidad y la convivencia en sociedad.

En esta propuesta la Gracia es el soplo que constituye, la misericordia que restaura y el espíritu que plenifica. Se acoge y se desarrolla en un pueblo que tiene la forma del Cuerpo que comunica al hombre lo que significa ser persona: hijo y hermano, don esencialmente relacional y con deseo de infinito.

Esta antropología ha sido *contestada* a lo largo del tiempo moderno y ahora, en los albores de una nueva época es, al mismo tiempo, *enmendada* en su raíz y sorprendentemente *añorada* en alguna de sus facetas. Es un proceso simultáneo de secularización y de crisis antropológica.

2. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? La contestación de la modernidad: el antropocentrismo

Toda la herencia moderna pone el acento en el hombre, dueño de su mundo, de su vida, de su tierra. La característica más impresionante de esta disposición mental es una especie de optimismo que se afirma con certeza dogmática: el hombre lo puede todo y dentro de poco tiempo la ciencia llevaría a la humanidad a realizar la perfección.

El ideal de la santidad medieval es sustituido en el *Humanismo* por el ideal del éxito humano: el modelo a imitar ya no es la identificación con Dios, en quien todo debe confluir en una unidad armónica, sino el divo, el hombre de éxito que solo cuenta con sus fuerzas.

Frente a un Dios alejado, en el *Renacimiento* la creatividad última se identifica con la naturaleza, una naturaleza concreta que es sustitución de la divinidad abstracta. El impulso, lo espontáneo, el instinto se convierte en el «bien»: el *naturalismo* es la nueva ética.

El hombre creyó ser verdaderamente dueño de sí mismo: el señor que decide sobre la vida y el cosmos ya no era Dios, sino el hombre mismo mediante su razón. El hombre Prometeo. Su razón podía doblegar a la naturaleza cuanto quisiera. El dominio del hombre parece sin fin: con *la ciencia y la técnica* interviene sobre la realidad, construyendo un mundo determinado según sus propios proyectos. El hombre es dueño de su destino.

A medida que el *racionalismo*, mediante el poder político tras de la *Revolución Francesa*, se hace cultura dominante y entra, mediante la educación estatal, en la mente de todo el pueblo se extiende la separación entre Dios y la vida del hombre como algo bueno que es necesario desarrollar. El término que indica esa concepción de la vida es *laicismo*: «la profesión de que el hombre se pertenece y basta a sí mismo».

Y un Dios que no tiene que ver con la vida es inútil.

Dios se reduce a una opción privada, a un patético consuelo psicológico, a un hecho de museo. Dios, si existe, no importa. Para un hombre que siente las muchas tareas a realizar ese Dios es hasta dañino, es «opio del pueblo».

En el concepto de *secularización* convergen dos significados que surgen de dos momentos de la modernidad. En un primer sentido, secularización indica el proceso de privatización de la fe, de autonomía de la moral respecto de la religión, que tiene lugar en la segunda mitad del siglo XVIII. La moral ya no se funda en la Revelación, sino en la razón y, sin embargo, sigue siendo «cristiana» en su contenido. En un segundo sentido, secularización indica el traspaso de la noción escatológica de «Reino de Dios» a un contexto inmanente, «secular», que se carga de significado «religioso».

Crisis de la Ilustración: el *humus cristiano* se deshace

La Ilustración, que es la secularización, entra en crisis cuando el proceso de autonomía se dilata hasta un punto en que el *humus cristiano* se deshace.

Las consecuencias del *laicismo* son el comienzo de un proceso descendente: una reducción del concepto de razón, una reducción de la imagen de la libertad, un cambio profundo en la idea de conciencia.

La *razón* entendida como medida cuantitativa de lo real implica que se tenga de ella una concepción reducida y bloqueada. Encerrada en una habitación sin ventanas, sin posibilidad de trascenderse, solo puede contar, pesar y medir.

La *libertad* es comprendida como carencia de vínculos. Es autonomía moral («libres de la verdad») e independencia relacional («libres de los vínculos del amor»). Sin religación fundante, la libertad es entendida como autonomía e independencia absolutas. Y en la práctica es abandono de uno mismo exclusi-

El hombre creyó ser verdaderamente dueño de sí mismo: el señor que decide sobre la vida y el cosmos ya no era Dios, sino el hombre mismo mediante su razón. El hombre Prometeo. Su razón podía doblegar a la naturaleza cuanto quisiera.

El antropocentrismo y la consiguiente expulsión de Dios parece entronizar al sujeto y hacer posible que, dueño de su destino, pueda construir el paraíso en la tierra. Sin embargo, los infiernos reaparecen y se refuerzan y aparece una posibilidad trágica: la abolición del hombre.

vamente al propio impulso reactivo, al instinto, a la imaginación, a la opinión.

La *conciencia*, para la cultura moderna es el lugar donde se forman el criterio y la normativa de la acción; es la fuente autónoma de la norma ética. Este cambio en la concepción de la conciencia hace también que aparezca una nueva manera de fundamentar la ética. O bien la ética se fundamenta como una obediencia a la verdad del ser que reclama un deber ser, o es, por el contrario, obediencia al poder dominante.

La enmienda de la posmodernidad: la antropología de la disolución

El optimismo de impronta racionalista, por el cual el hombre sin Dios puede resolver todo, quedó frustrado por la tragedia de la primera guerra mundial, a la cual siguió la segunda que completó la obra. La alta cultura se precipitó en un profundo extravío, porque, por una parte, Dios ya se había desvanecido en el horizonte humano, y por otra, el hombre, nuevo dios, se había destronado con sus propias manos.

Los fracasos posteriores hacen dudar de las posibilidades de la razón y de la centralidad del humanismo ilustrado. Se suceden la *cavilación existencialista* sobre el sujeto humano y el *humanismo marxista*. Surgen los primeros *antihumanismos: estructuralismo, positivismo* de diversa especie, filosofías analíticas y del lenguaje; poco a poco se va imponiendo el *zoológico* en la consideración antropológica y la vuelta a la máscara, la disolución del sujeto ético, y el elogio del saber-vivir insolidario.

Todo este recorrido del hombre moderno que empieza arrojando a Dios al baúl de los recuerdos inútiles para acabar él mismo sin un lugar en el mundo, desemboca en una «*antropología de la disolución*»

que señala la lógica última del desconcierto psicológico que ha provocado el impacto trágico de los acontecimientos.

El antropocentrismo y la consiguiente expulsión de Dios parece entronizar al sujeto y hacer posible que, dueño de su destino, pueda construir el paraíso en la tierra. Sin embargo, los infiernos reaparecen y se refuerzan y aparece una posibilidad trágica: la abolición del hombre: amenazas a la vida humana y a su dignidad, disolución del matrimonio y de la familia, impotencia para llevar una vida solidaria y desesperanza ante la muerte lo que lleva a pedir a la vida lo que no puede dar en permanente juego del columpio entre la euforia de los deseos y la desesperación.

Este extravío afecta al sentido profundo de la existencia y a la orientación ética del obrar humano. El hombre es impotente para ser hombre. No tiene ley ideal, no tiene una norma que está dispuesto a seguir, un rumbo seguro. Además, siente que no tendría ni siquiera la energía para vivirlo. Es como si deseara éticamente de la posibilidad de realizar su propia dignidad, de ser leal consigo mismo.

La autonomía y la voluntad de poder se abren paso en la afirmación del individuo. La palabra y el concepto *persona* que encontró en los debates sobre el Dios Trinidad su momento de plenitud para aplicarse a las personas humanas, pierde su significado. No hay otra fuente de ética o la verdad o el poder. Nietzsche respondía ya a finales del siglo XIX: «Nosotros queremos llegar a ser lo que somos los nuevos, los irrepetibles, los irrefutables, los legisladores de nosotros mismos, los que se dan a sí mismos la ley, los que se crean por ellos mismos». En definitiva, *quiere ser su propio experimento*. Aparece de nuevo un viejo sueño «ser como dioses»... La naturaleza, absorbida por la cultura, ya no debe considerarse vínculo o barrera ni fuente de norma moral. Eclipsadas Atenas (razón) y Jerusalén (fe), relucen Henoc (violencia), Babel (voluntad de poder) y Sodoma (corrupción).

El hombre no es más que un individuo de la especie humana: No todos esos individuos son personas con derechos. Persona es un ser que exige un respeto moral absoluto por poseer determinadas características en acto. Muchos hombres tienen esas características, pero no todos. Por ejemplo, los fetos, los embriones, las personas discapacitadas no las poseen (mientras que, para P. Singer, sí las poseen algunos animales superiores). Surge así la necesidad de establecer una

distinción entre personas y seres humanos. Algunos seres humanos son personas, pero no todos, solo los que poseen las cualidades establecidas (además, para Singer, algunos animales son personas). La conclusión última es que las personas exigen un respeto absoluto, mientras que los seres humanos «no personas» exigen también un respeto, pero diverso y menor.

La añoranza: lo sagrado posmoderno

El recorrido del tiempo moderno ha querido entronizar al hombre y su razón, desbancando a Dios, un rival que ha resultado ser fundamento y horizonte de la búsqueda humana y de sus deseos de plenitud.

El vacío que deja el Dios personal, rechazado por el *nihilismo* y «encerrado en el armario» por las Iglesias, es rellenado por una vuelta a la espiritualidad sin rostro, de corte sincretista y pagano. Eclipsado el Dios personal solo cabe divinizar deseos e impotencias, travestir el yo al servicio de los nuevos ídolos y abandonarse a las emociones e impulsos más primarios para extraer las energías que la razón y la fe ya no ofrecen.

Una metamorfosis del cristianismo que reactualiza, de una forma nueva, aspectos de la *gnosis* antigua. Un sincretismo, postracional, en el que convergen tendencias materialistas «posmodernas» y *espiritualidad New Age*. Así, lo posmoderno, pasada la época del ateísmo y la contra-religión marxista, adquiere rasgos neopaganos. El espíritu de nuestro tiempo no se vuelve hacia el ateísmo, sino hacia un *paganismo postcristiano*, que vuelve a actualizar de una manera nueva rasgos de la religiosidad antigua.

Así, la propuesta nihilista asume actualmente al menos dos formas. El *nihilismo antiestético* odia el mundo tal como es, y no encuentra en él rastro de belleza o de bien. Es la negación sin revolución, sin el *pathos* del cambio. Su resentimiento se mueve entre su

propia muerte y la de los demás, entre la quietud sin fin de la Nada oriental y la idea gnóstica de producir un hombre divino, tecnológico, virtual. En ambas perspectivas, el yo no se soporta, no quiere ser él mismo, sino otro: o nada o Dios. Es un yo entre dios y la nada, es decir, entre euforia y depresión, entre sobreexcitación y deseo de muerte.

En contraste con el rostro dramático del nihilismo está su aspecto gozoso, optimista, la visión lúdica del mundo que acompaña al fulgor de los colores y el fragor de los sonidos de la sociedad opulenta. La nada no indica ahora el abismo, sino el vacío en el que se mueve la libertad, el universo de las posibilidades ilimitadas. Es el rostro estético, dionisiaco, que desconfía de la verdad en cuanto expresión de la voluntad de poder. El mundo es la apariencia, pero la apariencia es la esencia, es el eterno presente sin futuro. Es el carnaval donde la metamorfosis es el juego de las máscaras que ocultan el vacío.

El rechazo del logos universal marca el advenimiento del *multiculturalismo* como horizonte insuperable, como vuelta al politeísmo de las verdades. Si la tolerancia es apacibilidad, el *pluralismo* exige



el abandono de la idea de verdad, de su monopolio «integrista y totalitario».

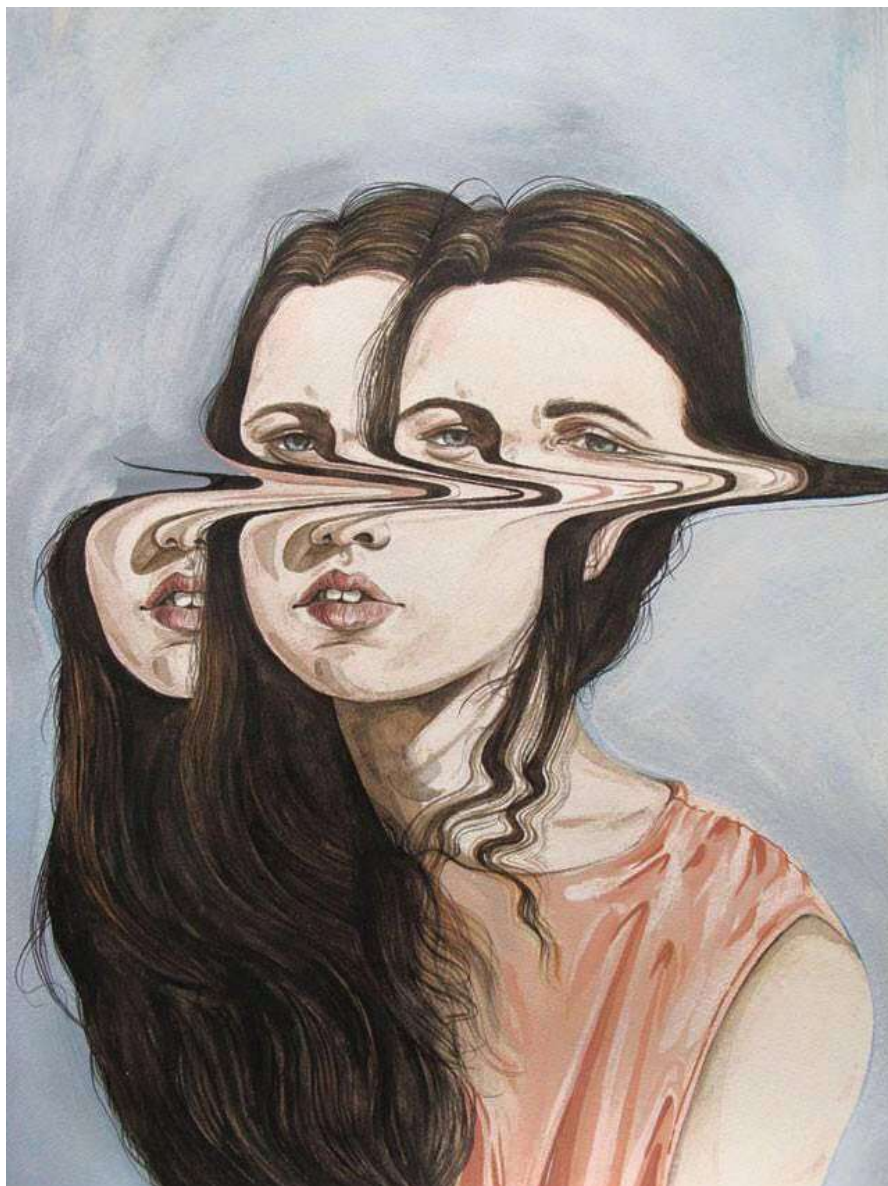
En otro plano el declive del sujeto marca el redescubrimiento panteísta del mundo, que encuentra expresión en ciertas versiones de la *ecología radical*.

La capacidad del Mercado y del Estado contemporáneos de influir en la cultura o directamente de controlarla, deja al individuo, ciego de derecho a decidir y de autonomía moral, en manos de los poderes económicos y políticos que ofrecen el «*suplemento de alma*» que la naturaleza humana precisa, más aun cuando la Gracia ha sido expulsada o puesta en sombra.

3. ¿A dónde vamos?: posthumanismo. Un paso: revolución sexual e ideología de género

La revolución sexual de los años 60 y la ideología de género suponen un paso adelante en la desvinculación –el sexo de la procreación, del matrimonio y del amor– y en la *separación radical del cuerpo del sujeto*, quien encuentra ahora un nuevo territorio donde ejercer el derecho a decidir: el propio cuerpo, material biológico al servicio de los propios intereses y proyectos.

Se puede decir que el núcleo central de esta ideología es el «dogma» seudocientífico según el cual el ser humano nace «sexualmente neutro». Hay –sostienen– una absoluta separación entre sexo y género. El género no tendría ninguna base biológica. Cada uno puede optar en cada una de las situaciones de su vida por el género que desee, independientemente de su corporeidad. En consecuencia, «hombre» y «masculino» podrían designar tanto un cuerpo masculino como femenino; y «mujer» y «femenino» podrían señalar tanto un cuerpo femenino como masculino. Entre otros «géneros» se distinguen: el masculino, el femenino, el homosexual masculino, el homosexual femenino, el bisexual, el transexual, etc. Lo decisivo en la construcción de la personalidad sería que cada



individuo pudiese elegir sobre su orientación sexual a partir de sus preferencias. Con esos planteamientos no puede extrañar que se «exija» que a cualquier «género sexual» se le reconozcan los mismos derechos. De no hacerlo así, sería discriminatorio y no respetuoso con su valor personal y social.

De dos corrientes, aparentemente contrapuestas, vienen las propuestas que distorsionan la consideración del hombre hecho «a imagen de Dios» y, derivadamente, las imágenes del matrimonio y de la familia.

Para el espiritualismo, el papel que la sexualidad desempeña en ese amor comprometería la trascendencia y la gratuidad de las formas más elevadas de amor. Se piensa, sobre todo, que sería inapropiado asociarlo al amor divino. La otra vertiente es de signo materialista y subyacente en las teorías contempo-

ráneas de «genero». Estas pretenden desvincular la sexualidad de las determinaciones naturales del cuerpo, hasta el punto de disolver el significado objetivo de la diferencia sexual entre hombre y mujer.

Se percibe fácilmente que detrás de estas corrientes, tan contrapuestas por sensibilidad y propósitos, hay un mismo denominador: una concepción antropológica dualista. En el caso del espiritualismo puritano porque la corporeidad se ve como un obstáculo para el amor espiritual. En las teorías de «genero» porque el cuerpo queda reducido a materia manipulable para obtener cualquier forma de placer. A ello se asocia un individualismo que, precisamente porque rechaza reconocer los significados intrínsecos del cuerpo, no capta el valor del lenguaje de la corporalidad en las relaciones humanas.

Otro paso: transhumanismo

La concepción constructivista del sexo, propia de la «ideología del género», es asumida y prolongada por las teorías «queer» (raro). Sobre la base de que el «genero» es «performativo» y se construye constantemente, proclaman que su identidad es variable, dependiendo de la voluntad del sujeto. Este presupuesto, que lleva necesariamente a la disolución de la identidad sexual y de género, conduce también a defender su transgresión permanente. Subvertir el orden establecido, convertir el «genero» en parodia –se afirma– es el camino para construir la nueva sexualidad, acabar con el sexo y establecer un nuevo orden a la medida de las transgresiones.

Para alcanzar ese propósito las teorías «queer» abogan por la destrucción de lo que denominan orden «heteronormativo», se apoye o no en la corporalidad. La idea sobre la sexualidad y los modos o prácticas sexuales no pueden en ningún caso estar sometidos a

una normativa, que, por eso mismo, sería excluyente. Cuanto se refiere al sexo y al «genero» pertenece exclusivamente a la voluntad variable y cambiante del sujeto. No debe extrañar, por eso, que estas teorías conduzcan inevitablemente al aislamiento y enclaustramiento de la persona, se centren casi exclusivamente en la reivindicación de los derechos individuales y la transformación del modelo de sociedad recibido. Las prácticas sexuales transgresivas se ven, en consecuencia, como armas de poder político.

En esta misma línea se encuadra también la llamada *teoría del «cyborg»* (organismo cibernético, híbrido de máquina y organismo), entre cuyos objetivos está, como paso primero, la emancipación del cuerpo: cambiar el orden significante de la corporalidad, eliminar la naturaleza.

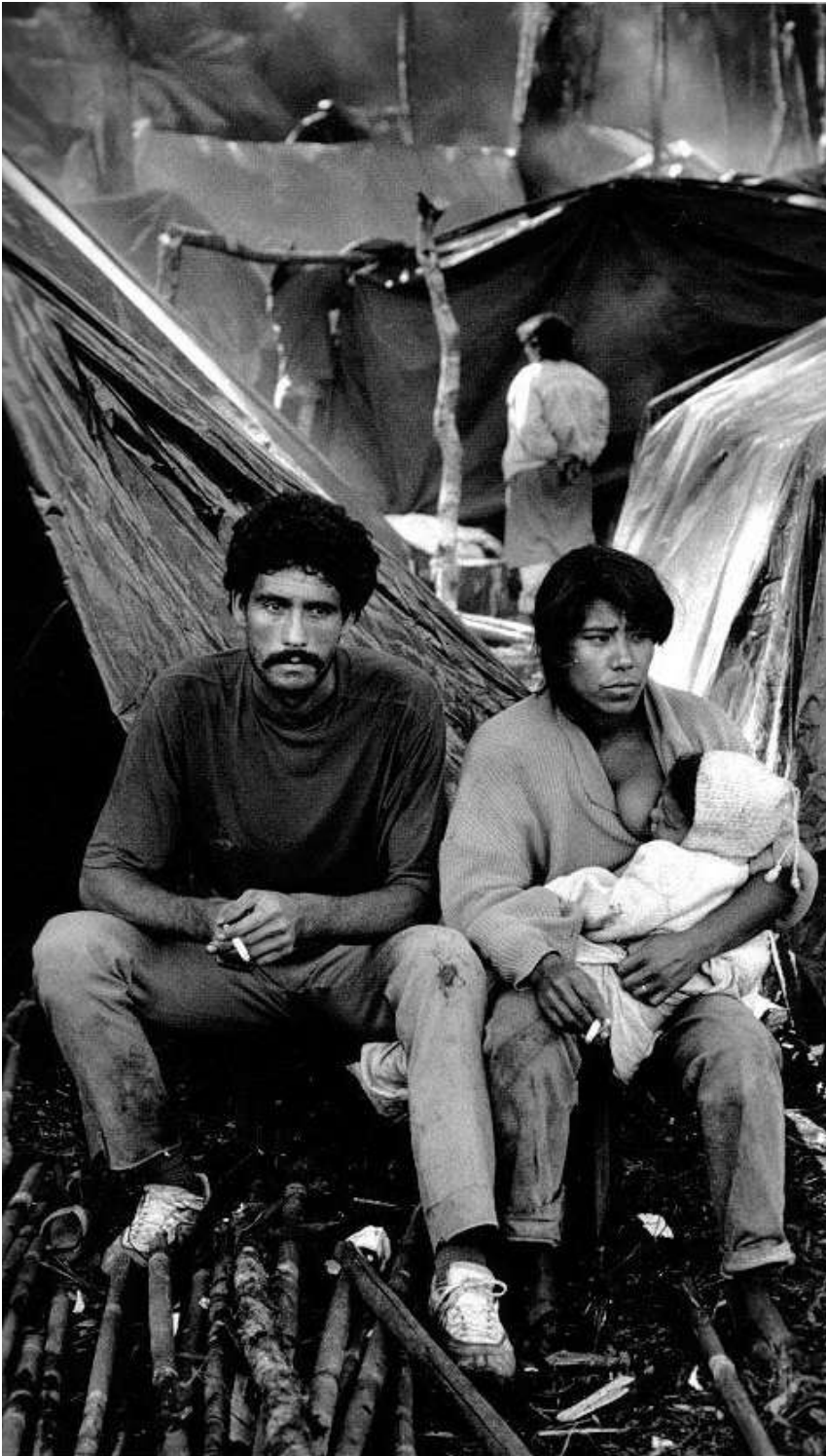
El origen y final del existir humano se debería solo a la acción de la ciencia y de la tecnología, las cuales permitirían lograr ese *transhumanismo* en el que quedaría superada su propia naturaleza (*posthumanismo*). Una sociedad, por tanto, sin reproducción sexual, sin paternidad y sin maternidad. Algunos autores hablan de la «tecno redención» de los cuerpos: la posibilidad de mejorar tecnológicamente a los seres humanos como individuos y como sociedad por medio de su manipulación como especie biológica; abrazando el sueño de abandonar y superar la precariedad de la existencia orgánica.

Como fundamento de esta deconstrucción del cuerpo, hay un *pensamiento materialista* y radical, en definitiva, inhumano. La dignidad de la persona se degrada hasta el punto de ser rebajada a la condición de cosa u objeto totalmente manipulable. La corporalidad, según esta teoría, no tendría significado antropológico alguno. Y por eso mismo carecería también de significado teológico. La negación de la dimensión religiosa es el presupuesto necesario para poder construir el modelo de hombre y la construcción de la sociedad que se intentan. No es arriesgado afirmar que esta teoría lleva a una idea inhumana del hombre, porque, arrastrada por su concepción del mundo, absolutamente materialista, laicista y radical, es incapaz de reconocer cualquier referencia a Dios.

5. ¿Es posible un paso adelante, o no hay futuro?

Creemos que Dios y el hombre pueden encontrar una nueva centralidad volviendo a la propuesta que el propio Dios Creador realiza «en el principio», recreada en la humanidad gloriosa de Jesucristo y acogida

Como fundamento de esta deconstrucción del cuerpo, hay un pensamiento materialista y radical, en definitiva, inhumano. La dignidad de la persona se degrada hasta el punto de ser rebajada a la condición de cosa u objeto totalmente manipulable. La corporalidad, según esta teoría, no tendría significado antropológico alguno.



La familia empobrecida –padre, madre e hijos–, fuente de solidaridad, configura la mayoría de la humanidad (foto de Sebastiao Salgado, «Migraciones», 1993).

en nuestra libertad en la fuerza del Espíritu Santo.

Se precisa una respuesta que ponga en juego todas las potencialidades de lo humano. Nuestros contemporáneos precisan recibir una propuesta integral con capacidad de regenerar lo mejor que el Creador ha depositado en cada uno. Esta propuesta es un evangelio ya que es la adecuada a lo que el corazón desea.

en el hogar común. Una antropología adecuada a la experiencia humana es aquella que acoge y reúne la dimensión personal (corporal-espiritual), la dimensión relacional afectiva (deseo-amor) y la dimensión público-institucional (fecundidad-solidaridad). Da así respuesta a los latidos profundos del corazón humano: libertad, amor, alegría, sin contraponerlos y sin tener que repartirse los espacios vitales entre sí.

La creencia en el Dios personal y trinitario aporta una antropología interpretativa de lo humano y una propuesta de Sociedad y de Tierra.

La Iglesia puede ofrecer propuesta de una antropología adecuada a la experiencia humana elemental. Experta en humanidad, acoge en su seno existencias personales de hombres y mujeres con nombre y rostro, de personas en acción a quienes la pregunta radical que Dios hace a todo hombre en sus dos primeras palabras dirigidas a los humanos en la Escritura: Adán «¿dónde estás?»; Caín «¿dónde está tu hermano?», que ayudan a caer en la cuenta de dónde estamos situados, de la innegociable relacionalidad y despiertan la conciencia de las polaridades constitutivas del ser personal: cuerpo-espíritu, hombre-mujer, individuo-sociedad.

¿Cuál es la experiencia humana elemental?: Que tenemos cuerpo y que podemos reflexionar sobre lo que somos. Nuestro cuerpo nos dice que hay una diferencia sexual –masculino, femenino– que tiene un significado y que podemos reflexionar sobre él; Que tenemos conciencia como individuos y formamos parte de un modo de relaciones que llamamos familias, sociedad o pueblo. Dimensión personal, dimensión relacional-afectiva y dimensión institucional que nos constituyen.

Esta antropología religadora de todo lo humano, personal, ambiental e institucional, solo se sostiene si hay una «religación fundante», un Padre que abraza y reúne a la familia

Libertad situada (entre la verdad y el bien) y herida a la que la fe ofrece redención para que pueda amar sin reservas y encuentre la alegría.

Esta propuesta denuncia la falsedad de la división entre asuntos privados y públicos, que además deja en tierra de nadie el ámbito familiar. Exige el paso de una concepción individualista de la ciudadanía a una visión personal-comunitaria; repensar la democracia y el papel del Estado; aplicar los principios de la Doctrina social de la Iglesia, fundados en un concepto de persona basado en la antropología trinitaria y que hace de la dignidad de la persona, la subsidiariedad, la solidaridad y el bien común sus fundamentos; la concepción del trabajo –creación, progreso, vida eterna– y del sujeto del trabajo –para y con los demás– desde la prioridad del trabajo sobre el capital, proclamada por Juan Pablo II en *Laborem exercens*; de la familia, abierta a la vida como sujeto central del nuevo sistema e incorporar a los dos grandes protagonistas de la vida social, el Estado –que nos quiere votantes– y el Mercado –que nos quiere consumidores–, un tercero: una sociedad que viva la amistad

civil, de otro modo, si no se respeta la justicia ¿qué son los Estados sino grandes bandas de ladrones? (como dice san Agustín en *La Ciudad de Dios*, citado por Benedicto XVI en *Caritas in veritate*).

Esta propuesta ha sido formulada de nuevo por el papa Francisco (*Laudato si*) con su lado ecológico, social, antropológico y teológico (*veluti si Deus daretur*) con todas las dimensiones interrelacionadas: una Ecología humana integral.●

¿Cuál es la experiencia humana elemental?: Que tenemos cuerpo y que podemos reflexionar sobre lo que somos. Nuestro cuerpo nos dice que hay una diferencia sexual (...); Que tenemos conciencia como individuos y formamos parte de un modo de relaciones que llamamos familias, sociedad o pueblo.



FE DE ERRATAS

En la revista anterior, nº 117 de enero-febrero de 2020, hay un error histórico en el artículo “Los santos de la puerta de al lado” que los autores piden sea corregido:

En el último párrafo de la página 14, donde decimos: “No se puede recordar a Mari Trini sin hacer mención de su gran capacidad de trabajo y su generosidad. En los tiempos de la reconversión industrial ofrecieron a esta maestra, en una regulación de empleo del colegio en que trabajaba, la jubilación anticipada que ella aceptó” hay un error, por lo que este párrafo quedaría redactado:

“No se puede recordar a Mari Trini sin hacer mención de su gran capacidad de trabajo y su generosidad. Renunció a su trabajo, tras más de 20 años de vida profesional, para dedicarse a las actividades militantes de forma absolutamente gratuita”.

Entre la obligación y el deseo

Antonio Aguilera Jiménez

El autor, profesor de Psicología en la Universidad de Sevilla, expresa la tendencia de la cultura moderna, y particularmente la de los jóvenes, a sobreestimar el deseo, lo impulsivo e inconsciente, en su enfoque de la vida y en su toma de decisiones. Ante esta reducción de lo real, pretende abrir el foco hacia esa tríada de bienes que anidan en la creación y a los que el corazón del hombre aspira, a veces como deseo, pero otras como obligación: la Verdad, la Bondad y la Belleza.

Como decía anteriormente, no se trata de renunciar a la racionalidad en aras del deseo, sino de recuperar la unidad entre Verdad, Bondad y Belleza y destacar que lo verdadero es bueno y bello, que lo bueno es bello y verdadero, y que lo bello es verdadero y bueno. Es decir, es necesario hacer ver que la verdad y la bondad no es solo una obligación moral sino que es algo atractivo, que merece la pena.

Son numerosos los pensadores que afirman que «el ser humano es deseo», que las personas están configuradas más por lo que desean ser que por lo que son en un momento dado.

El neocapitalismo lo sabe bien y estimula nuestro consumismo dirigiendo nuestros deseos, nuestros anhelos, hacia lo que considera que debemos desear. Después vienen las racionalizaciones que lo justifican. Para darse cuenta de esto no hay más que analizar los anuncios publicitarios con que nos inundan; en ellos no suelen aparecer razones, argumentos, sino que el motivo que nos proponen para adquirir el producto anunciado es que es algo «deseable» o que con él nos acercamos más a lo que deseamos.

Este mundo plagado de mensajes cargados de emociones necesita un poco (o un mucho) de racionalidad, pero no es menos cierto que los mensajes que alimentan el deseo son mucho más eficaces (al menos en una gran parte de la población y al menos en el inicio de una transformación personal y colectiva) que los mensajes que nos hablan del deber, de la obligación moral o ética, ... Cualquiera que tenga hijos adolescentes sabe que no tiene en ellos el mismo efecto un mensaje dado por sus padres u otro adulto que ese mismo mensaje dado por un colega, por un amigo. Y no es solo porque los roles (padre y amigo) sean distintos, sino porque también los mensajes son diferentes: mientras que la base del mensaje del adulto suele ser el discurso moral («eso no está bien», «esa persona no te conviene», etc.), la base del mensaje del igual suele ser el discurso del deseo («eso no es guay», «esa persona no es atractiva», etc.).

Demasiado frecuentemente vemos que, en la actualidad, los movimientos transformadores han olvidado destacar lo atractivo de sus propuestas dejando este campo en manos de los intereses consumistas y neoliberales, siendo este un frente importante en la batalla por la creación de una cultura solidaria. No siempre ha sido así y para confirmarlo baste recordar como una de las mayores aportaciones del Movimiento Obrero Pobre (no la única) fue la llamada «Cultura Obrera» que se plasmaba en unas formas de vida que no solo respondían a criterios éticos (solidaridad, cooperación, promoción, ...) sino que también se presentaban como deseables de modo que se tenía el convencimiento de que la Cultura Obrera era superior a la Cultura Burguesa.

Creo que en los movimientos sociales que trabajan por la transformación cultural de la sociedad debemos plantearnos esta cuestión en profundidad. Y más si son movimientos cristianos: no olvidemos que el Evangelio no es solo, ni principalmente, un conjunto de deberes que tenemos la obligación que cumplir, sino BUENA NOTICIA. ●

Los movimientos transformadores han olvidado destacar lo atractivo de sus propuestas dejando este campo en manos de los intereses consumistas y neoliberales.

Decálogo frente al eco-capitalismo

por una cultura solidaria
solidaridad.net

1 Cuando hables de la naturaleza habla de la CREACIÓN y del CREADOR

Sin eso, falta la perspectiva decisiva y sería como decir que las cosas pueden ir bien incluso sin Dios. «La creación es del orden del amor. El amor de Dios es el móvil fundamental de todo lo creado» (Laudato si', 77).

2 Escucha tanto el CLAMOR DE LA TIERRA como el CLAMOR DE LOS POBRES Y EXCLUIDOS

La persona humana no es un problema para la creación, como sostienen los neo-malthusianos que promueven el control demográfico. «Cuando no se reconoce en la realidad misma el valor de un pobre, de un embrión humano, de una persona con discapacidad [...] difícilmente se escucharán los gritos de la misma naturaleza» (LS 177).

3 Respeta LO CREADO (es del Señor)

«Cada comunidad puede tomar de la bondad de la tierra lo que necesita para su supervivencia, pero también tiene el deber de protegerla y de garantizar la continuidad de su fertilidad para las generaciones futuras. Porque, en definitiva, "la tierra es del Señor"» (LS 67)

4 Cultiva la RAZÓN

Dios ha puesto en el hombre el deseo de conocer la verdad. La fe y la razón se ayudan mutuamente para progresar en esta búsqueda. Por lo tanto, ni debemos pasar por encima de la ciencia ni tergiversar sus conclusiones. Con frecuencia, el consenso científico se usa falazmente para justificar e imponer medidas que favorecen los intereses de los poderosos y perpetúan las agresiones al medio ambiente, a los pobres, débiles y excluidos.

5 Busca las VERDADERAS CAUSAS

El calentamiento global sirve de coartada a los grandes poderes del mundo para mantener formas de producción y acumulación capitalistas, así como formas de vida y consumo, basadas en la explotación del hombre y de la naturaleza. Como dice el papa Francisco: «esta economía mata».

6 No idolatres a la "MADRE TIERRA"

Aunque la expresión "Madre Tierra" se ha usado válidamente en el seno de la Iglesia, sin embargo hoy día se le da, abrumadoramente, un sentido esotérico o gnóstico, llegando a idolatrar o divinizar la propia creación. Por eso es preferible no usar este concepto.

7 No te identifiques con la CANALLADA DE LOS PROGRAMAS DE LA ONU

Agencias y programas de la ONU, como los Objetivos de Desarrollo Sostenible, en alianza con multinacionales (Global Compact), tienen una agenda contraria al bien común y al medio ambiente; promueven la ideología de género y el control de población a través del aborto, esterilizaciones, autanasia, etc.

8 Toma conciencia de la HIPOCRESÍA POLÍTICA DE LAS CUMBRES DEL CLIMA

«El sometimiento de la política ante la tecnología y las finanzas se muestra en el fracaso de las Cumbres mundiales sobre medio ambiente. [...] muy fácilmente el interés económico llega a prevalecer sobre el bien común» (LS 54).

9 No te dejes MANIPULAR

Que no te deslumbren las manifestaciones callejeras, promovidas y financiadas de manera oculta, incluso cuando se trata de movilizaciones de jóvenes. La lucha por la justicia requiere asociación y autogestión, no el seguimiento de consignas.

10 Fortalece tu IDENTIDAD CRISTIANA

La vida de oración, los sacramentos, la celebración comunitaria, vivir la pobreza evangélica... en definitiva, el amor a Cristo, la Iglesia y los pobres te permitirán resistir los embates del eco-capitalismo insolidario y vivir un ecologismo integral.

Cuidar de otros y dejarse cuidar por otros: una experiencia desde la enfermedad

Olga Soto Peña

La autora, profesora universitaria, nos ofrece sus reflexiones –sus confesiones– sobre la enfermedad, que nos hace vulnerables y, por eso mismo, nos sitúa más cerca del amor Dios, quien invita a los hermanos a socorrernos y, de este modo, a ser ellos mismos sanados.

La oración del Padre Nuestro introduce este texto. En ella se nos reconoce como hijos de un mismo Padre. Esa filiación común conlleva una responsabilidad con el otro, un otro en el que me reconozco, pero que a la vez me excede y me interpela.

Cuando hablo de cuidar-de y de dejarse cuidar, quiero significar que constituyen un acto de reciprocidad de amor a fondo perdido. No es un dar para recibir. No es una renta de afecto, tal como pueden señalar algunas teorías antropológicas.

Sabemos que la enfermedad es un hecho que afecta a la globalidad de nuestro ser (cuerpo, mente, espíritu) y transforma la forma en que nos relacionamos con nosotros mismos, con los demás y también con Dios.

El proceso de enfermedad viene acompañado de dolor, sufrimiento, negación. También es posibilidad de apertura a una realidad nueva, una oportunidad de encontrarse con la propia debilidad y de poder reconciliarse con ella. En esta debilidad, en este abandono en los propios escombros (como señala André Louf en su libro *A merced de su Gracia*), es donde uno puede reencontrarse con Dios y con los hermanos.

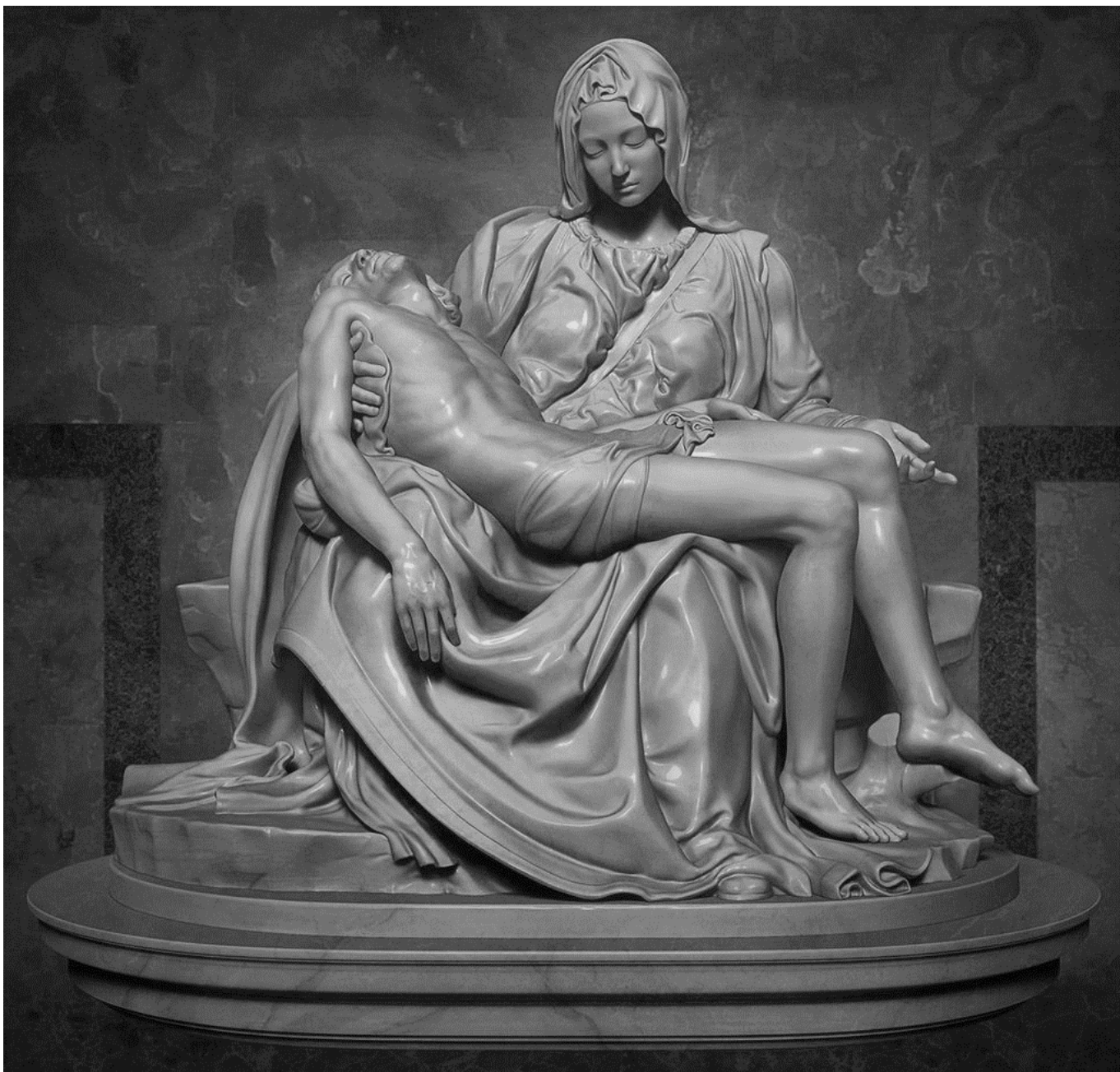
No obstante, parece que el ambiente cultural de nuestros días nos llama a otra cosa. Hay una exigencia a ser fuertes, a resistir estoicamente los embates del dolor, de la enfermedad, y al mismo tiempo nos tienta a recluarnos hedónicamente en nosotros mismos, abocándonos muchas veces a una insoportable soledad.

De una u otra forma, todos cargamos en la vida con hechos que dolorosamente nos configuran. Para los cristianos, ese peso es la cruz. Todos llevamos nuestra cruz a cuestas. Mi cruz tiene mucho de enfermedad, dolor y pérdida. La enfermedad y la muerte han estado siempre presentes.

Aún no había cumplido los diez años cuando mi madre enfermó de cáncer. Desde entonces, el cáncer me ha acompañado hasta hoy, como una inquietante presencia, como un duelo ininterrumpido. Me he sentido muchas veces interpelada por esta enfermedad: ¿acaso quiere algo de mí? Intenté responder a esta pregunta acompañando a enfermos de cáncer en una Unidad de Cuidados Paliativos. Con el tiempo, llegué a creer que ya sabía lo suficiente.

Fue entonces cuando me tocó vivir esta enfermedad en carne propia. El cáncer llegó a mi vida volviéndolo todo del revés; perdí «mi salud», «mi trabajo». Las cosas cotidianas, que precisamente por serlo parecen invisibles e insignificantes, cobraban ahora una importancia crucial (poder caminar, comer, atender las necesidades de mis hijos). Anhelaba la bendita rutina alterada en una espiral de imprevistos, fuera de todo control. Dependía tanto de los demás que a veces se me hacía insoportable. Era imposible planificar algo a medio o largo plazo. Y siempre acaba todo mediado por la enfermedad y por las constantes pruebas médicas. Siempre la pesadez de la debilidad y de la incertidumbre.

Cuando gozaba de buena salud cuidar de los otros era reconfortante, quizás, entre otras cosas, porque ahí se siente que se ejerce el control. Hay una lógica cultural que nos lleva a actuar como si todo, o casi todo, dependiera de nosotros mismos. Y uno acaba incorporando a su lenguaje los eslóganes más de moda: «uno es el dueño de su propio destino, puedes conseguir lo que te propongas».



Dejarse cuidar es mucho más difícil, requiere una gran dosis de humildad. A lo largo de estos últimos años lo más difícil ha sido aceptar la enfermedad y dejarme cuidar por otros: familiares, amigos, incluso desconocidos que en la distancia me hacen llegar sus oraciones. En la debilidad las expectativas sobre la vida decrecen, o mejor dicho, uno aprende a vivir creciendo hacia abajo. Los planes de futuro se perciben entonces como un artificio; hay tanta incertidumbre que la realidad se concibe en presente. El dolor solo puede expresarse en presente, y uno solo desea «poder vivir lo mejor posible este día que empieza».

Esta tendencia a crearse una armadura de fortaleza nos impide acoger los dones que la vida, Dios Padre, pone en nuestras manos.

Uno de los comentarios que peor he llevado durante mi enfermedad era: «Olga, eres muy fuerte; un ejemplo de fortaleza». No sabía por qué, pero escuchar esa frase me generaba crispación. No me reconocía ahí. Con el tiempo lo he entendido: ¿fuerte? que en la soledad lloro de impotencia porque no me reconozco en este cuerpo; que mi cabeza me lleva a donde no quiero, a obsesiones, miedos y a veces me siento enloquecer. ¿Fuerte? que dependo para levantarme de los cuidados de mis hijos, de mi marido y de su infinita paciencia; que me sostienen permanentemente los cuidados del oncólogo, el cirujano, las enfermeras y auxiliares,

la psiquiatra y sus antidepresivos. ¿Fuerte? A ti Dios mío no puedo engañarte cuando me arrodillo ante ti rogándote que tengas misericordia de mí.

Creo que esta tendencia a crearse una armadura de fortaleza nos impide acoger los dones que la vida, Dios Padre, pone en nuestras manos. Me detengo en dos aspectos que para mí han sido cruciales: la apertura al amor y la creatividad.

La apertura al amor de Dios que nos llega a través de sus infinitas mediaciones: la oración, los sacramentos, los cuidados de los otros, la familia, los hermanos, la naturaleza, el tiempo. Acoger el amor de Dios nos lleva a descubrir en nosotros una nueva sensibilidad, esa que nos hace poner en valor aspectos de la vida que antes pasaban desapercibidos.

Recuerdo con gran cariño un hecho que podría parecer intrascendente. A la mañana siguiente de salir de la UCI, entraron en la habitación del hospital dos auxiliares de enfermería. Era la hora del aseo y yo estaba totalmente inmóvil en la cama. Sentí un pudor, una vergüenza tremendos. Solo pude decirles: «lo siento, me da mucha vergüenza». Y cerré los ojos, como si así pudiera esconderme de mí misma. Sentí entonces el agua templada sobre mi mutilado cuerpo, el olor fresco a limón del jabón, y unas manos cuidadosas que me acariciaban mientras me hablaban con ternura. Pasaron los días y la escena se repetía, pero mis sentimientos fueron cambiando. Sentía una gratitud inmensa hacia ellas. Sabía que sus cuidados habían restaurado la dignidad que aquel día yo misma me había negado.

El amor siempre es creativo. Esa frase la escuché por primera vez, siendo muy joven, de Julián Gómez del Castillo, un testigo de Cristo que amó profundamente a la Iglesia. El amor no desiste, es fecundo, es esperanza.

La enfermedad nos deja secuelas, en especial cuando hablamos de enfermedades crónicas. Hoy dominan las enfermedades crónicas y las grandes dependencias. Este tipo de situaciones, cuando llega, lo hace para quedarse y, de alguna manera, nos transforma. Intenté repetidamente reanudar las cosas que antes de la enfermedad ocupaban mi tiempo. Volver a impartir clases, seguir acompañando enfermos en el hospital, retomar el control sobre las tareas domésticas. Mientras más empeño ponía en recuperar mi vida anterior más fuerte era la decepción. Mi cuerpo y mi cabeza se resistían, era un querer y no poder.

Dejarse cuidar es aceptar la fragilidad, acoger la misericordia, vivir con gratitud los dones que Dios pone en nuestras manos cada día. Es abandonarse al Padre con la esperanza de saber que «Él hace nuevas todas las cosas».

Entonces tomé conciencia de mi cuerpo (cuando el cuerpo no duele, no se siente, es como si no existiera), un cuerpo que tengo que cuidar para hacer lo que más me importa, poder cuidar a los que tengo más cerca.

Una experiencia que me ha sostenido durante la enfermedad ha sido la cercanía con jóvenes inmigrantes procedentes de África. Era una realidad nueva para mí. Ellos necesitaban practicar español y me he prestado a visitarlos con cierta frecuencia, siempre que la enfermedad me da tregua.

Con ellos he aprendido todo aquello que nos une más allá de las diferencias de lengua, religión, nacionalidad. Nos reconocemos en lo esencialmente humano: en la conciencia de la vida, de la muerte, en el deseo, en la necesidad de ser queridos, acogidos, cuidados.

Habíamos experimentado la cercanía de la muerte, pero ellos, a sus 17 o 18 años, habían sufrido la violencia, el rechazo, el hambre, el abandono. Yo en ese momento vivía mis heridas con resentimiento, con miedo, apesadumbrada. Ellos llegaron atemorizados, desconfiados, famélicos. El tiempo, los afectos, los cuidados de unos y otros nos han ido poco a poco transformando. Hoy podemos expresar la gratitud, la alegría y las nuevas oportunidades que nos brinda la vida. Sabemos que estamos vivos, gracias a Dios.

Como dice Alexandre Freire sobre la enfermedad en *Basilio de Cesarea*: «solo quien pide ser-y se sabe-amado logra amar; solo quien pide ser-y es- consolado logra consolar; solo quien pide ser -y es- acompañado puede conocerse mejor para acompañar a quien no se resigna a la dificultad de conocerse».

Dejarse cuidar es aceptar la fragilidad, acoger la misericordia, vivir con gratitud los dones que Dios pone en nuestras manos cada día. Es abandonarse al Padre con la esperanza de saber que «Él hace nuevas todas las cosas»(Ap 21,1-5).●

Eutanasia: guerra de fuertes contra débiles

Crónica de una infamia

María Espinillo

Hoy día se libra en España una batalla para implantar –legal y socialmente– la eutanasia. Es una batalla desigual. En un bando, la mayoría de las fuerzas políticas y económicas, imbuidas en la cultura de muerte; dueñas de los medios de comunicación y expertas en manipulación. En el otro, prácticamente en solitario, la Iglesia católica y algunos médicos a los que todavía importa el juramento hipocrático. La autora, miembro del MCC y médico colegiada de Madrid, asistió a las Jornadas de debate sobre la eutanasia celebradas en el Colegio Oficial de Médicos de Madrid el día 11 de diciembre 2019. Como notario de la infamia, nos ofrece el siguiente «diario desde el frente de batalla».

1- Declaración de hostilidades

Asistieron algo más de 100 personas. A la presentación llegó con retraso la entonces ministra de sanidad, consumo y bienestar social, María Luisa Carcedo, para decir las primeras palabras en las que explicitó que era una prioridad para el gobierno de Pedro Sánchez aprobar una Ley Orgánica de regulación de la llamada muerte digna. Intentó mover nuestro ánimo con casos como el de Ramón Sampredo, María José Carrasco o Inmaculada Echevarría, sin mencionar que hay una propuesta de ley de cuidados paliativos y otras ya aprobadas como la de la dependencia, que no se han desarrollado por carecer de presupuesto. Tampoco mencionó las consecuencias de las leyes aprobadas en otros países para los pobres, los discapacitados, los enfermos de alzheimer etc. No explicó todos los pasos que requerirá la aprobación de la susodicha ley orgánica: la modificación del actual código deontológico médico, la modificación de la ley de los seguros de vida, etc.

Ya en la presentación se vio la declaración de intenciones. La ministra no quiere debatir con nosotros ni nos da argumentos para reflexionar; sólo

publicita el plan del gobierno apoyada por una parte de la directiva de Colegio de Médicos de Madrid. No hubo lugar a preguntas.

2- El arma de la desinformación

Los presidentes de los Colegios de Canarias, Vizcaya y Madrid y un vocal de la comisión deontológica de Tarragona presentaron durante una hora los resultados de la encuesta de ICOMEM y su comparación con las de otros Colegios de Médicos en España para concluir que la mayoría de los médicos estábamos a favor de una ley de regulación de la "muerte digna".

Fue notorio la falta de rigor científico a la hora de seleccionar la muestra de médicos encuestados. El objetivo me parece claro: había que dar la impresión de que la mayoría de médicos está a favor de la regulación de la eutanasia. Tampoco hubo lugar en ese momento a preguntas. Por tanto, las Jornadas partían viciadas, basadas en el emotivismo aportado por la ministra y por un instrumento demoscópico a todas luces defectuoso.

3- El frente holandés

En 15 minutos, el Profesor Hendriks, jurista, experto en bioética y derecho sanitario de la Universidad de Leiden, expuso cómo había sido en su país el procedimiento de la aprobación de las leyes de regulación de la eutanasia. Dejó claro que no son leyes de aprobación de la eutanasia sino leyes de despenalización de la eutanasia. En otros 15 minutos, el Dr. Goslinga, médico de familia con 25 años de experiencia y quince casos de eutanasia en su práctica profesional, nos explicó cómo es el procedimiento de realización de una eutanasia, contando un caso real. En un momento dado le tembló la voz, hubo un silencio breve y añadió: "¿Saben ustedes?, no es fácil, no es algo agradable...", aún habiendo pasado varios años desde la muerte de su paciente. Lo que sí

nos aclaró es que en Holanda la muerte por eutanasia la certifica un médico distinto del que la ejecuta, la certifica un forense como «muerte antinatural».

En la propuesta de ley del PSOE no se especifica cómo se registraría la causa de la muerte. Y, como más adelante se indicó, parece que se pretende que a todos los efectos sea equiparable a la muerte natural para que no haya problemas con los seguros de vida.

4- Daños colaterales

La Dra. Fernández, especialista en cuidados paliativos, delimitó conceptos importantes desde el punto de vista de la ética y deontología médica como los de cuidados paliativos, control de síntomas, limitación del esfuerzo terapéutico, eutanasia, suicidio asistido, etc.

D. Javier Sánchez Caro, jurista, experto en bioética y derecho sanitario, expuso la propuesta de ley del

PSOE y la necesidad de cambiar el código deontológico médico para que esta sea viable, ya que el actual código sancionaría la actuación médica si se realiza según la propuesta de ley.

No se mencionó que mientras en la propuesta de la ley se contempla que la eutanasia se aplique con prontitud (máximo en los 32 días siguientes a la solicitud hecha por el paciente), cada día fallecen 100 personas sin haber recibido las ayudas a la dependencia a las que tenían derecho, según la norma vigente. Tampoco se mencionaron las consecuencias sociales que está teniendo en otros países la aplicación de leyes de eutanasia; por ejemplo, hay holandeses que se empadronan en otros países adyacentes cuando ven acercarse el final de sus vidas para escapar a la legislación holandesa en esta materia. Ni hablar de los intereses económicos que hay detrás de estas leyes. En Canadá y en determinados Estados de norteamérica (por ejemplo, Oregón) hay constancia





Hay holandeses que se empadronan en otros países adyacentes cuando ven acercarse el final de sus vidas para escapar a la legislación holandesa en esta materia.

de que se ha practicado la eutanasia a enfermos que no pueden pagar los gastos médicos.

5-Cuerpo a cuerpo

Hubo una mesa redonda formada por seis personas: el director de un equipo de atención domiciliaria, un especialista en medicina interna, un miembro de la Asociación Derecho a Morir Dignamente y un miembro de la Sociedad Española de Cuidados Paliativos. También, representando la postura de los pacientes, la presidenta de la Asociación Española de Esclerosis Lateral Amiotrófica. Cada uno contó con 15 minutos de exposición. Algunas de las conclusiones presentadas por los miembros de esta mesa:

Director del equipo de atención domiciliaria: Es más barata la eutanasia que los cuidados paliativos. Es una lástima que Holanda haya optado por la eutanasia en lugar de legislar sobre los cuidados paliativos. En Holanda no hay médicos imputados y no se han hecho las revisiones adecuadas.

Presidenta de la asociación española de ELA: Los cuidados paliativos varían según el código postal. La figura del cuidador principal no está contemplada en la sanidad pública y es determinante para los pacientes que necesitan cuidados paliativos. La discapacidad funcional que produce una enfermedad como la esclerosis lateral amiotrófica, da lugar a que las

decisiones al final de la vida no puedan ser tomadas libremente en muchos casos. Hay muchos pacientes con esclerosis lateral amiotrófica, por ejemplo, que quieren seguir viviendo a pesar de tener una traqueotomía y una gastrostomía. No por morir con sufrimiento la muerte es indigna

Asociación Derecho a Morir Dignamente: Las leyes autonómicas de muerte digna no se cumplen en Madrid. La eutanasia significa reconocer un derecho subjetivo sobre la propia vida. Es un ejercicio de libertad democrática.

Miembro de la Sociedad Española de Cuidados Paliativos: Detrás de una solicitud de eutanasia hay mucho sufrimiento. Ante una solicitud de eutanasia común lo ético es acompañar el sufrimiento, no eliminar al que sufre. En España, más de 80.000 personas carecen de cuidados paliativos adecuados. No hay suficientes profesionales formados en cuidados paliativos.

Sólo al final de más de cien minutos de mesa redonda, se contestaron algunas preguntas sobre posible manipulación de los resultados de las encuestas realizadas y se produjeron intervenciones en desacuerdo con que la eutanasia deba ser un tema médico o con el cambio que se quiere realizar en el código deontológico médico.

6. No puede haber rendición

En definitiva: en nuestra sociedad no se ha establecido un debate racional sobre un tema tan importante. Se está siguiendo la misma estrategia de ingeniería social que se utilizó para implementar el aborto: se recurre a las emociones y a la manipulación estadística, que convenientemente expuestas en los medios de comunicación, conducen inexorablemente

a la configuración de una opinión pública mayoritaria que legitima lo que el poder necesita. Es una historia repetida. Esta irracionalidad también impera en las universidades que forman médicos, ingenieros, educadores, periodistas...

Frente a la tiranía del emotivismo, los que amamos la razón y sus métodos, apenas encontramos oasis donde refrescarnos. En el tema de la eutanasia, les recomiendo el reciente documento de la Conferencia Episcopal Española sobre el tema: «Sembradores de Esperanza».

a) Diagnóstico. Los obispos (sí los obispos y no las Jornadas médicas) hacen un buen estudio de las causas del problema; eso que nos dicen en la Facultad de medicina que es lo primero para llegar a una adecuada solución. La eutanasia es una falsa respuesta, nos dicen, porque ignora la raíz del conflicto que es la cultura materialista que vivimos y que tiene como consecuencia el pragmatismo utilitarista proclive a prescindir de quienes son vistos no como seres humanos vulnerables, sino como fuente de gastos o incomodidades; no como miembros queridos de la familia, sino como obstáculos que condicionan el desarrollo personal, familiar o social; no como pacientes, sino como una sobrecarga innecesaria de trabajo.

b) Tratamiento. Sólo desde el reconocimiento de la dignidad de todo ser humano, principalmente del débil, es posible salir de este laberinto. Por razones naturales (el ejercicio estricto de la razón) y sobrenaturales, esta dignidad - que nunca se pierde o mengua- exige el cuidado y protección de la vida desde el primer instante de la concepción hasta su fin natural. Cualquier tipo de violencia contra la vida, aunque sea con argumentos supuestamente filantrópicos, es un fracaso personal y social. La eutanasia es violenta. Argumentar que la libertad personal permite el terminar con la propia vida es una contradicción racional porque la libertad no es hacer lo que cada quien quiera sino el carecer de obstáculos para conseguir el mayor bien posible (propio y comunitario). Suicidarse es un mal absoluto, un fracaso de todos, que sólo puede realizarse con ofuscación de la propia mente y -en consecuencia- sin libertad real. Frente al fracaso del suicidio asistido, los obispos proponen una terapia realista, que consiste en:

- Que la muerte no sea un tema tabú, sino un hecho natural que forma parte de la vida humana. Nadie -ni jueces, ni legisladores, ni médicos- se puede atribuir

el derecho a decidir que algunos seres humanos no tienen derechos o los tienen en menor grado que los demás, debido a sus limitaciones, raza, sexo, edad, religión o estado de salud.

- Que la familia sea respetada y querida como ámbito natural de solidaridad entre generaciones, en el que, con independencia de cualquier condicionamiento, se acoge, se protege y se cuida a todos sus miembros.

- Que no se considere la organización hospitalaria como un ámbito en el que podamos desentendernos de nuestras obligaciones con respecto a los enfermos y ancianos.

- Que la familia y el hogar sean el lugar de acogida natural en la enfermedad y ancianidad, y donde la proximidad de la muerte se viva con cariño y lucidez.

- Que surjan iniciativas sociales de atención a los enfermos terminales, en un ambiente respetuoso con la persona y sus familias, adecuadamente preparadas para afrontar dignamente la muerte.

- Que las profesiones sanitarias se orienten hacia una atención integral de la persona durante todo el arco vital.

- Que las instituciones públicas y los poderes del Estado tutelen de manera efectiva la vida de todo ser humano, desde la concepción hasta su muerte natural, con independencia de cualquier condicionamiento.

En definitiva, no es suficiente luchar por la cultura de la vida con actitudes defensivas es necesario ofrecer al mundo la belleza del testimonio y de la solidaridad real. ●

La eutanasia es una falsa respuesta porque ignora la raíz del conflicto que es la cultura materialista que vivimos y que tiene como consecuencia el pragmatismo utilitarista proclive a prescindir de quienes son vistos no como seres humanos vulnerables, sino como fuente de gastos o incomodidades.

Faltan cinco horas; espero al AMOR

María del Mar Araus

Para la autora, la vida y conversión de Jacques Fesch que aquí se relatan ponen en evidencia dos hechos: que la vida de los conversos nos grita la existencia de Dios y que todos los días se produce el regreso del hijo pródigo.

La parábola del hijo pródigo nos recuerda que cualquiera de nosotros puede alejarse del Amor de Dios, en una búsqueda inquieta por realizar nuestro propio camino. Henri Nouwen, en su libro *El regreso del hijo pródigo* escribe: «dejar el hogar significa vivir como si no tuviera casa y tuviera que ir de un lado a otro tratando de encontrar una». Pero Dios permanece a nuestro lado a pesar de nuestro intento de «dejar el hogar» para reafirmar nuestra independencia.

La lección que aprendió Jacques Fesch es la misma que aprendió el hijo menor de la parábola: su fría indiferencia en relación con el mundo y sus sentimientos de hostilidad hacia Dios dejó paso a un sentimiento de tristeza por su crimen y de serenidad porque su vida quedó transformada por la reconciliación con Dios, a través de la fe y la oración.

Aprendió una lección de humildad, la única virtud que nos da fuerza para abandonar nuestro amor propio y poder regresar al hogar del Padre, eternamente paciente y siempre dispuesto a acogernos, sin importar lo lejos que nos hayamos podido extraviar.

¿Quién era Jacques Fesch? Un chico francés que con 27 años había sido condenado a muerte por un grave delito.

Estando en la cárcel, un día de octubre de 1954, sentía que su vida estaba vacía. En su Diario de prisión nos relata: «grité desesperado, pidiendo ayuda: ¡Mon Dieu, mon Dieu! (Dios mío, Dios mío). Y, al instante, como si Dios estuviera presente a mi lado, esperándome, una paz inmensa me subió hasta la garganta... La alegría me invadió y sentí una gran paz... Sentí una alegría sensible y fortísima».

Fue una conversión instantánea. Dios le había contestado con su inmenso amor, cuando más hundido y desesperado estaba.

Jacques vivía una relación «de espaldas» hacia Dios y hacia los demás, pero llegó a conocer el amor inmerecido e incondicional.

Jacques Fesch nació en 1930 en Saint-Germain, en Laye, una ciudad cerca de París. Hijo de un director de banco que apenas se ocupaba de sus hijos, siempre estuvo distante de su propio hijo y de su esposa, de quien acabó divorciándose. A Jacques no le gustaba hacer nada y menos trabajar (lo tenía todo). Su vida fue la habitual de un joven despreocupado, sin capacidad de esfuerzo ni valores, con unos padres ricos. Fue expulsado del colegio y su vida perdió el rumbo.

A los 21 años dejó embarazada a su novia, Pierrette, y se casó con

ella. El padre de ella le consiguió un puesto de trabajo en el banco y todo el dinero que ganaba lo derrochaba. Después abandonó a su mujer y a su hija.

A los 24 años se le antojó comprar un barco y viajar por el Pacífico Sur. Estaba hastiado de la vida. Sus padres no le dieron el dinero para la compra del barco y el 25 de febrero de 1954 fue a robar a un cambista en monedas de oro. Le golpeó y huyó, siendo perseguido por un oficial de policía, al cual disparó causándole la muerte. Minutos más tarde fue detenido. La *Cour d'Assises* de París le condenó a muerte el 6 de abril de 1957.

Al principio, en prisión, Jacques mostraba indiferencia hacia todo. Se burlaba de la fe católica de su abogado. Sin embargo, a medida que transcurrió el tiempo, vivió una profunda transformación espiritual, que le llevó a un proceso de conversión radical. Mostraba un profundo arrepentimiento y deseo de acercarse a Dios, hasta el punto de que el arzobispo de París, cardenal Jean-Marie Lustiger, quiso informarse para abrir un proceso de beatificación. El cardenal Jean-Marie llegó a expresar lo siguiente cuando conoció su historia: «Dios no canoniza el pecado sino el arrepentimiento, así nadie puede sentirse excluido de su amor».

Evidentemente, como explica el teólogo André Manaranche «no significa darle un certificado de buena conducta, sino reconocer su conversión de orden espiritual».

Los tres años que Jacques pasó en régimen de aislamiento, a la espera de su ejecución, aprendió la importancia de amar a su hija y

a su madre. Encontró en el capellán de la prisión a un amigo y un apoyo. Escribió su diario espiritual: *Diario de prisión*, donde se ve día tras día su acercamiento a Dios. Lo escribe dos meses antes de su ejecución, destinado a su hija Veronique, que entonces tenía seis años.

A través, también, de las cartas, puede seguirse su itinerario espiritual. Una de ellas se la escribe a su hija y le dice: «Hace tres días he recuperado la fe... percibo la misericordia de Dios». El 2 de diciembre de 2009, Monique, hermana mayor de Jacques, mostró a Benedicto XVI las cartas que su hermano escribió en la cárcel. Monique fue su madrina de bautismo y siguió de cerca su conversión cuando iba a visitarle a la cárcel.

Un mes antes de morir escribe: «El Señor sigue colmándome de dones y siento mi corazón desbordante de amor y los labios de acciones de gracias».

A medida que se aproximaba a la muerte escribía en su diario: «Es necesario rezar sin cesar», «no tengo miedo de morir sino de no morir cristianamente», «la vida es, a pesar de todo, una gran bendición». Ante el inminente momento de la ejecución dirá: «un mal cuarto de hora ante toda la eternidad».

El día de su ejecución en la guillotina (1 de octubre de 1957) escribió: «Faltan cinco horas. Espero al AMOR. Ha sufrido tanto por mí... Dios es amor. Tengo los ojos fijos en el crucifijo y mi mirada no se apartan de las llagas del Salvador. Quiero conservar su imagen en mis ojos hasta el final. Recitaré el rosario y las oraciones de los moribundos y, después, pondré mi alma en las manos del

buen Dios. Dentro de cinco horas, veré a Jesús». Con estas palabras termina su diario.

Este diario fue publicado por su esposa y su hija y ha conmovido a muchas personas dentro y fuera de la cárcel.

Cuando encontramos testimonios de conversión de este calibre no podemos menos que acordarnos del número 205 de *Laudato si'*: «Sin embargo, no todo está perdido, porque los seres humanos, capaces de degradarse hasta el extremo, también pueden sobre-

ponerse, volver a optar por el bien y regenerarse, más allá de todos los condicionamientos mentales y sociales que les impongan. Son capaces de mirarse a sí mismos con honestidad, de sacar a la luz su propio hastío y de iniciar caminos nuevos hacia la verdadera libertad. No hay sistemas que anulen por completo la apertura al bien, a la verdad y a la belleza, ni la capacidad de reacción que Dios sigue alentando desde lo profundo de los corazones humanos. A cada persona de este mundo le pido que no olvide esa dignidad suya que nadie tiene derecho a quitarle».●



20 años del proyecto misionero del Movimiento Cultural Cristiano entre los empobrecidos de Venezuela



“Iniciar el proceso de promoción de militantes cristianos para la emancipación de los empobrecidos, es el gran quehacer humanista y evangelizador de esta hora.”

Julián Gómez del Castillo